

Para expresar el esplendor de las celebraciones precortesianas, Martí retoma el siguiente relato de fray Toribio de Benavente, mejor conocido como Motolinía:

Una de las cosas principales que en toda esta tierra había eran los cantos y los bailes, así para solemnizar las fiestas de sus demonios que por dioses honraban, con los cuales pensaban que les hacían gran servicio, como para regocijo y solaz propio. Y por esta causa, y por ser cosa de que hacían mucha cuenta, en cada pueblo y cada señor su casa tenía capilla con sus cantores, componedores de danzas y cantares, y éstos buscaban que fuesen de buen ingenio para saber componer los cantares en su modo de metro coplas que ellos tenían. En cuando estos eran buenos contrabajos teníanlos en mucho [*sic*], porque los señores en sus casas hacían cantar muchos días en voz baja. Ordinariamente cantaban y bailaban en las principales fiestas de veinte en veinte días, y en otras menos principales.⁵

En estas celebraciones, los instrumentos musicales, así como la pericia de músicos y cantantes eran de primordial importancia:

⁵ Ibídem, p. 309.